moñona

Número 9

ABRIL 2026

moñona Número 9

Portada

Simón Buenaventura

Fotografía

Gabriel Borja

Equipo Editorial

Juan Pablo Vergara-Marín

Alejandro Bastidas

Gabriel Borja

Escritores

Alberto Vélez

Samuel Fonseca

Maria Rabuffetti

Natalia Sepúlveda Santamaría

Juan Pablo Vergara-Marín

Gabriel Borja

Editorial Palurda Palestra 2026

Moñona número 9

Derechos sin proteger

No hay plata para el **ISBN**

Publicado Abril 2026

Menú (des-ayunos)

Al lector (p.3)

A primera vista | *Alberto* ***Vélez*** (p.6)

A quien puedes tropezar en la vida (p.7)

Ya no puedo incinerarme (p.8)

Secuelas | *Samuel* ***Fonseca*** (p.10)

Carótida (p.11)

Coser con 'ese' | *Juan Pablo* ***Vergara-Marín*** (p.12)

Cuerpos celestes (p.13)

Pulmonías y veganismo (p.14)

Migraciones (p.15)

Si, buenas | *Gabriel* ***Borja*** (p.17)

Casita de muñecas | *María* ***Rabuffetti*** (p.18)

Manifiesto de la hierba mala | Natalia **Sepúlveda Santamaría** (p.24)

Clasificados (p.28)

Al lector:

***

Tuvimos una conversación con alguien que se preguntaba lo siguiente: *"¿si la relación entre imagen y mente se llama imaginación, cómo se llamaría la relación entre sonido y mente?*" La *sonidación* de esa conversación, de ese instante, hace que la voz de esa persona se atomice en la cabeza: el esfuerzo muscular para producir la entonación de una pregunta, sus aparatos dentales raspando los labios, la saliva cambiada por una nueva, por una que no hubiese hablado, por una que sonara distinto, como cuando cubren de tiza la punta del palo del billar, todo disuelto en instantes auditivos difíciles de imaginar, pero si pudieran *sonidar* seguro escucharán una frase propia de un silogismo aparatoso, forzado, y engendrado del ocio y del cannabis.

La *sonidación* de instantes hace que el trabajo de la mente fabricando sueños sea una experiencia tan exquisita que convierte al despertar en una tragedia: todo lo podemos en los sueños. La *sonidación* en los sueños nos permite escuchar a gente muerta, al ambiente de las quimeras, al gruñir de las pesadillas, e incluso a veces juega con nuestra audición fuera del sueño, y es tan divertida nuestra *sonidación* que convence a la imaginación de incorporar esa realidad y amoldarla a las leyes de lo irrealizable. Así como no se cumplen los sueños, no se puede ver lo que ahí vemos, no se puede escuchar lo que ahí escuchamos, y al despertar esos instantes pertenecen a ese laberinto convulso de cámaras e instantes.

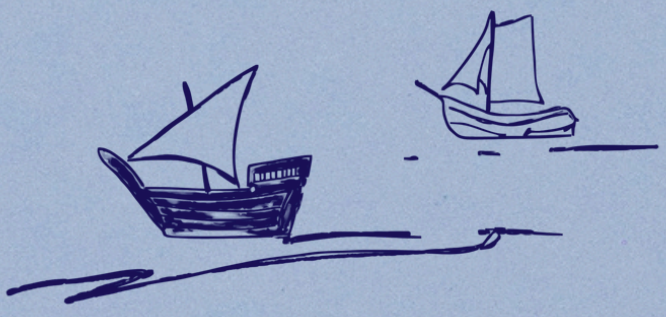
Si bien existe un afán arrastrado por las lógicas mercantilistas, de consumo saturado, y de miopía espaciotemporal que nos obliga a capturar instantes, a encerrarlos ya sea en fotografías, escritos, pantallazos, grabaciones, o tatuajes, estos espectros de la experiencia también pueden escaparse de esa inercia. La '*moñona*' suena a muchas cosas, así como se ve de distintas otras, pero *sonidar* a la moñona es un ejercicio entretenido: como equipo editorial conocemos a las voces de la mayoría de quienes han aparecido en estas páginas, y no podemos evitar —aunque leamos en voz alta— *sonidar* a los autores, sonidarlos mientras mastican, se llevan un cigarrillo a la boca, refrescan la garganta, carraspean, pasan un resfriado, suerben mocos y hasta bailan con la úvula hinchada.

Sonidar, así como imaginar, es un acto exclusivamente humano. Pero si las imágenes son productos de la imaginación, ¿son los sonidos productos de la *sonidación?* ¿existen por fuera de la injerencia humana? Obvio. No vamos a caer en eternas diatribas porque *sonidamos* su queja. Pero si diremos que hay algo en el sonido, en el patrón que busca encontrar la experiencia humana, que nos es propio, así como la imagen, como el capricho del instante, o más bien, por nuestro capricho por atrapar al instante cual rayo de luz que pretendemos agarrar con las manos. Las imágenes, los productos de la imaginación, son las cárceles de la luz. Los sonidos, los productos de la *sonidación*, son las prisiones del espíritu.

El silencio, ese tránsito entre la lucidez y el sueño, ese pasillo aparentemente incapaz de ser percibido, ata a la *sonidación* con la imaginación, es la confrontación del instante. En esta entrega podrán leer, imaginar y *sonidar* poemas de algunos amigos de esta casa, una polifonía estampada, miniaturas y minucias de una mansión parasocial, la antropoformización manifiesta y hecha mujer.

Esta moñona es un reto más —el noveno para ser precisos— por combatir al instante. Para morir lentico.

Equipo **editorial**



A Primera vista

Alberto **Vélez**

***

Soy navegante del mar seco, mi barco está muerto;
Es el suspiro de algún dios olvidado que recuerda
sus días de gloria, cuando alguien degollaba el cordero
en su largo nombre y lo cenaba en su largo nombre;
qué dios tan triste, ¿limpiará sus lágrimas
como la mugre de los parabrisas? ¿*S*erán sus lágrimas
esas lloviznas que no desembocan en lluvia? ¿Será su tristeza
esa gorra olvidada al borde del mundo?, ¿o la ceguera de los ciegos,
la sordera de los sordos?

A quién puedes tropezar en la vida

***

A quién puedes tropezar en la vida

Durarle en los pasillos de su labio inferior

Como una especie de extrañeza que se sobrepone sórdida

Como cuero y bufanda, pelo y cejas, nariz y boca

Como amor enfermo que tomas del aire

Amor enfermo que arrastras por el suelo

Amor enfermo, trapos sucios, las migas de un festín, la grasa de los dedos

Las manecillas estáticas, el tiempo idiotizado,

Ese amor enfermo se pudre como una culebra muerta

Como gatos muertos en un pozo muerto que envenena y mata

Y a quién puedes tropezar en la vida

A quién puedes empujar, a quién aniquilar,

A quién pulverizar como si tu boca hablase de vuelta el ruido

Y girase en torno al mundo el eco de tu caída

Ya no puedo incinerarme

***

Yo acepto que siempre he mirado los edificios
Con un asombro provinciano detestable
Aunque mi aprecio es débil y los abrazos me dan asco
Nunca he querido a nadie en mi vida

He de sincerarme ahora que he abierto la boca
Desenmordazado mi rencor
El misticismo se configura a partir de la indiferencia
Como si habiendo confiado en mí mismo varias veces
Me hubiera decepcionado incluso en la victoria
Y me hubiera dicho que aprecio los finales que nadie recuerda
Y que el amor también es olvidable

He hablado y se reconfigura a partir del aburrimiento

Mi lengua, tritón enigmático:

Es que hoy también podré caminar con asco

Hoy podré ser amargo, y mañana también

Y el mundo seguirá igual con su espalda impecable

Y el mundo seguirá igual y yo podré ser amargo hoy

Y ser amargo mañana también, y el mundo

Seguirá igual, fumando y bebiendo,

Recorriendo sus lánguidos cuerpos

Cerrando y abriendo sus pestañas huecas

Los días se confundirán cuando llegue la hora

Yo quisiera nunca haber nacido

Un escupitajo disuelto en las arenas del olvido

O haber nacido muerto

Y si se ha descompuesto a partir de mi aburrimiento

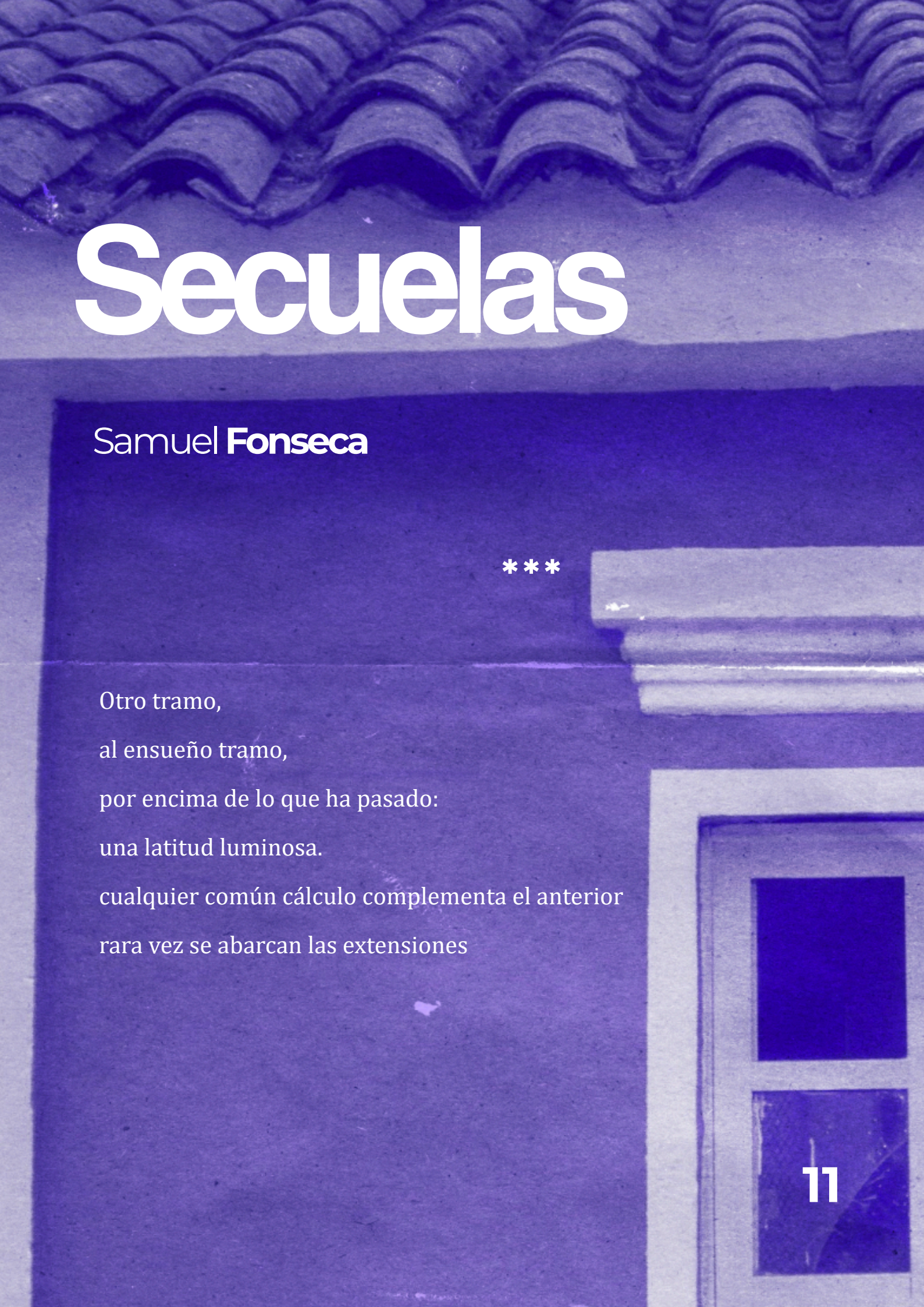
Mi sangre, los ríos que se secan al tocar el mar,

Mi obscenidad es falsa, la vida es una farsa

Y nunca he querido a nadie en la mía

Secuelas

Samuel **Fonseca**



***

Otro tramo,

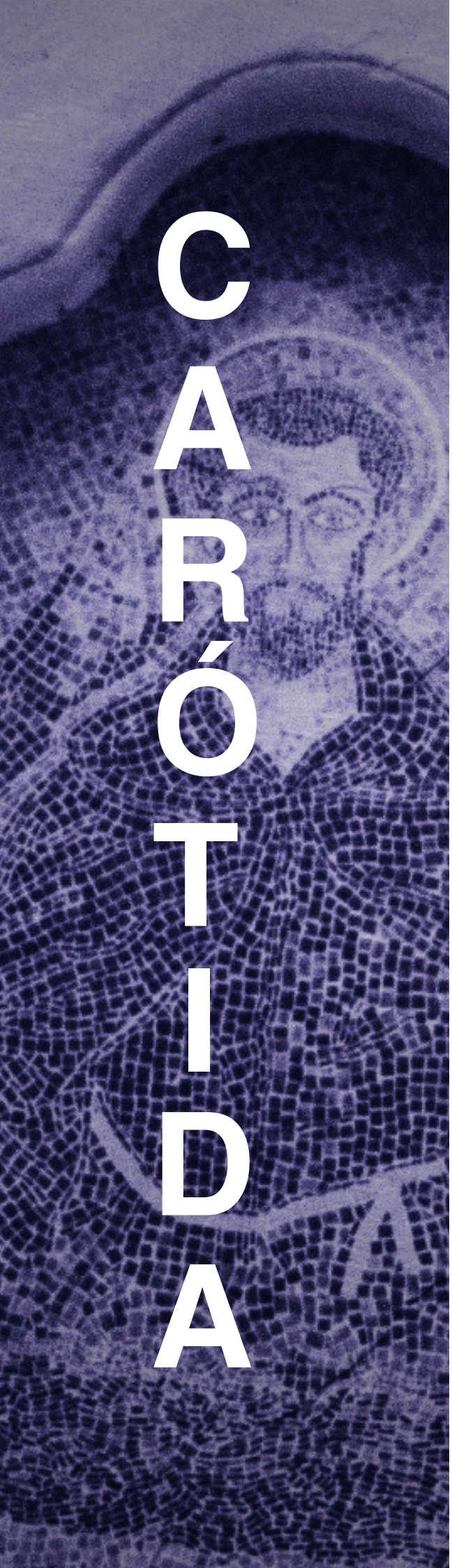
al ensueño tramo,

por encima de lo que ha pasado:

una latitud luminosa.

cualquier común cálculo complementa el anterior

rara vez se abarcan las extensiones



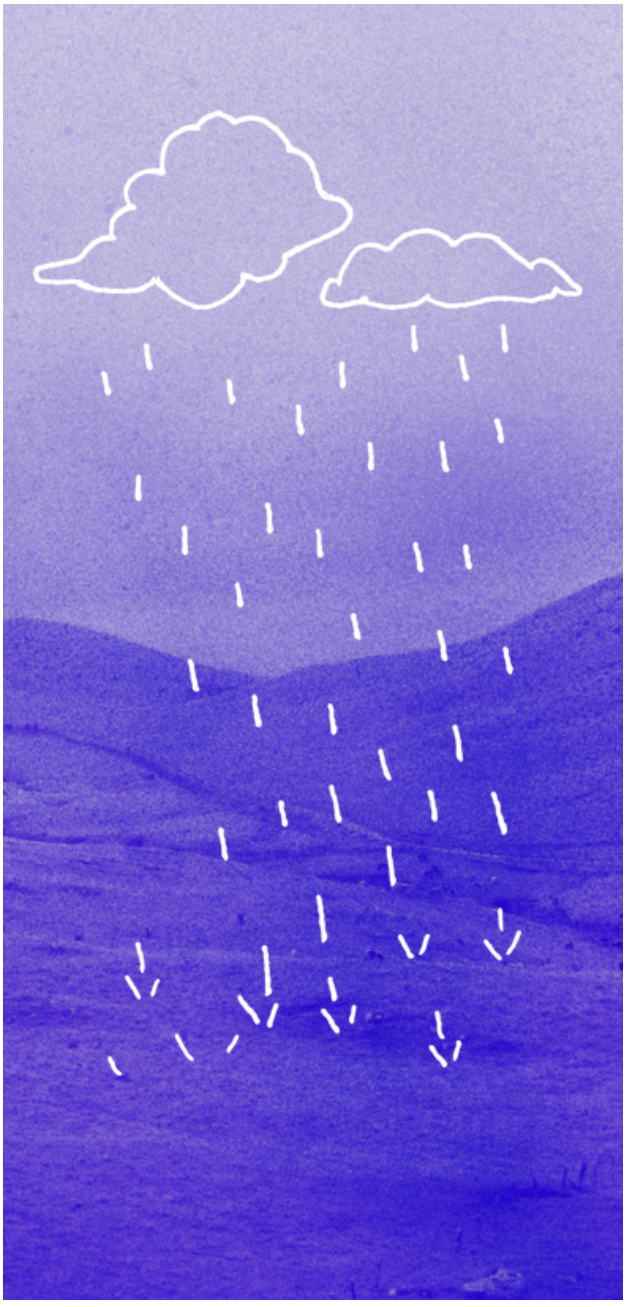
***

La cura no es fugaz,
te me hiciste tanto atardecer,
extenso rebobinar
por tu espalda de papel
nos verán levitar
juntarnos con la miel
mi tiempo tiene sed
ganas de tus costillas:
desaforar.

Coser con ‘ese’

Juan Pablo **Vergara-Marín**

***



Invoca tu hechizo

para dar reversa

y que volvamos

a creer en los hilos

para tejer siendo crías

de la abundancia

de la ira

Antes de irte

antes de estirar las risas

arrópate con esta

mi bufanda contra el viento

¡Señora!

Angelical guardiana

No llueve porque duelan

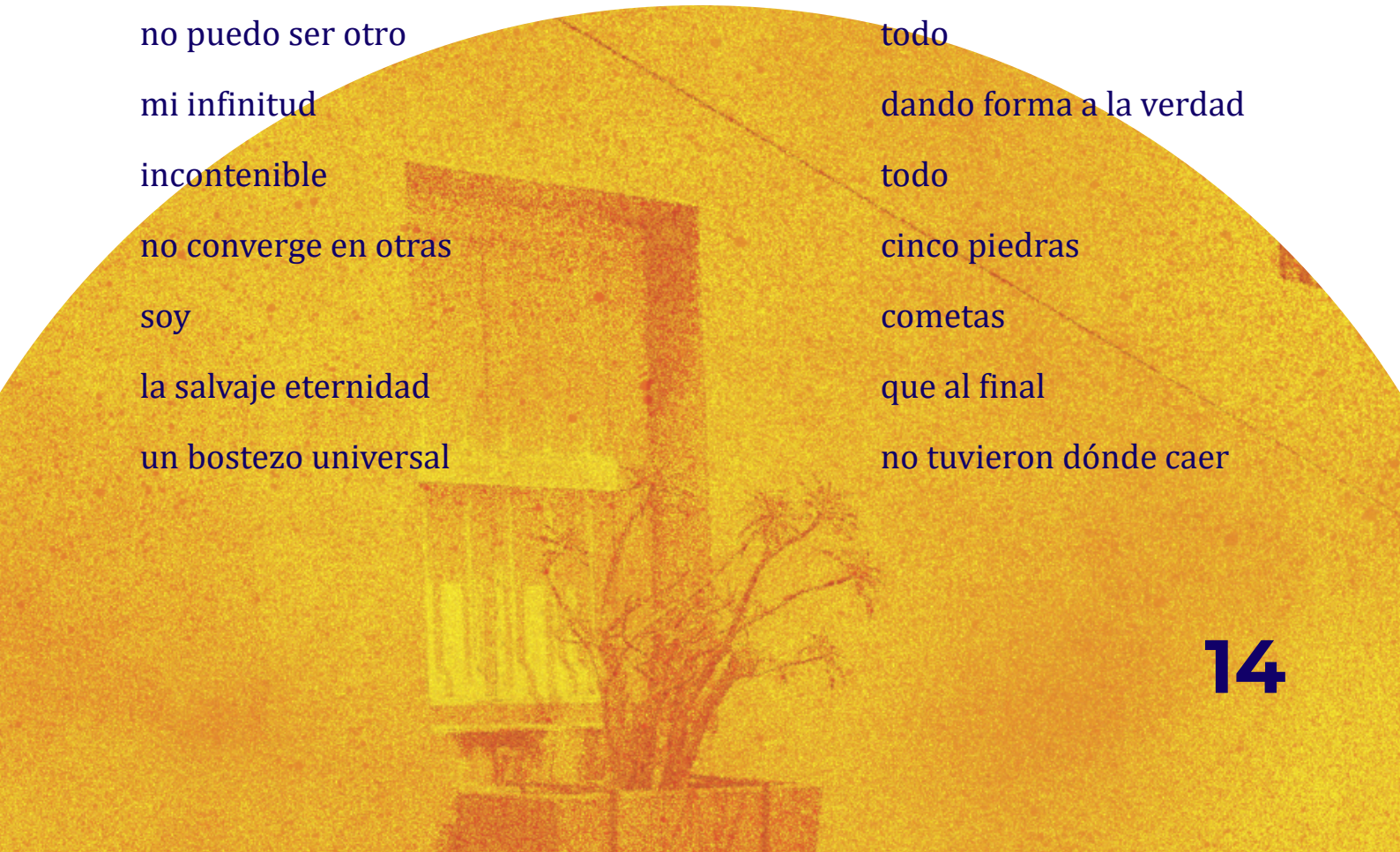
las nubes

Cuerpos celestes

***

Hay algo
en el camino de las cosas
que me mueve
La noche no se hace
de la oscuridad del cielo
Hay algo
que extiende sus sábanas
en el letargo extenso
¡Qué sencillez!
¡Qué valentía!
El principio
del rechazo múltiple,
no puedo ser otro
mi infinitud
incontenible
no converge en otras
soy
la salvaje eternidad
un bostezo universal

cinco piedras
dos en las manos,
dos en las plantas,
una en lo pando
del corazón
Cinco piedras
en el camino todo
que al final,
si quedan cristales
en los ojos
en el espejo marino
se reúne
todo
dando forma a la verdad
todo
cinco piedras
cometas
que al final
no tuvieron dónde caer



Pulmonías y *veganismo*

***

Los años gastan
las paredes pulmonares
ya los albañiles
se quedaron nadando
en la sopa
del vientre
paredes añicos
ladrillos de verduras
escombros de pedacitos
una ensalada
como de huérfana huerta
solo una tos
carraspera universal
que escupa lo que se queda
y sobre sí
cimentar otro pueblo
menos muerto

Migraciones

***

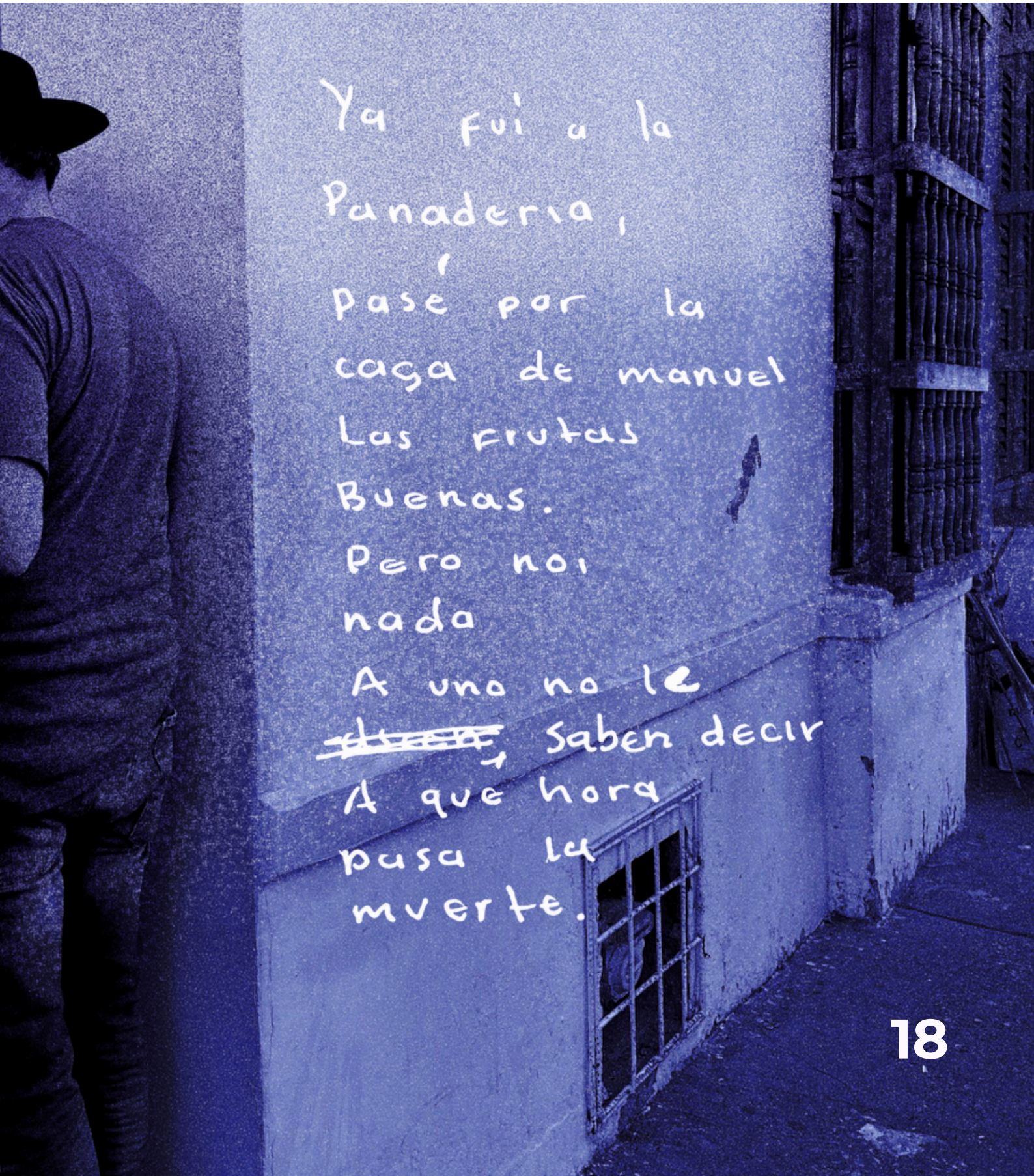
Sobre papel
las ideas no mueren tan rápido
hay cierta gracia
en aquellas que logro atrapar
Un nuevo canto de gorrión
sin jaula
la partitura
del mundo.
Hay bandidas
forajidas
que huyen de la tinta
sin palabras que aguanten
su nuevo idioma
escabullidas
fuera de las fronteras
del pergamino.
Son el silencio
sus bosques
de honda raíz
un pantano
de caminos soterrados
al corazón de su barullo
Ocultos
en ocasión guerrillera
se dejan mostrar
con sorpresa armada
bayoneta al frente
Hieren
con decidida punzada
nuestro desnudo costado
de armadura de papel
Violentas aves
en cielos milenarios
carroñeras plumeras de cristal
Migran en gavilla
hacia la tierra caliente

guaracheros, guácharos,
guacamayos, bienteveos,
golondrinas que llevan
entre el pico
los retoños
del bosque no nacido
hacemos de sus casas
las cárceles
del alma
sobre el papel
hay ideas que nunca nacen,
se fugaron
se las llevaron
a tierra caliente

Si, buenas

Gabriel **Borja**

***



Maria **Rabuffetti**

Casita de muñecas

أَوَلَا يَذْكُرُ ٱلْإِنسَـٰنُ أَنَّا خَلَقْنَـٰهُ مِن قَبْلُ وَلَمْ يَكُ شَيْـًٔا ٦٧

María (19:67)

(*¿Acaso no recuerda el ser humano que lo creé por primera vez cuando no era **nada**?*)

***

María siempre quiso una casita de muñecas de niña. Quizá sí la tuvo, no lo recuerda muy bien. Recuerda que tuvo muñecas bonitas y que su papá las regaló en el trágico porvenir de las mudanzas de 2018 y 2019. El año pasado se compró algunas otras, que también tiene bien cuidadas, en rincones de la habitación. Pero si tuviese que imaginarse una casa de muñecas, sería más que la mera concepción de una casa: sería más bien un complejo de los lugares que solía frecuentar o rumiar.

Está, por ejemplo, la habitación del colegio. Es espaciosa y quedaría en medio de una loma. Tendría una pizarrita pequeña con las nomenclaturas de química anotadas. Habría veintiocho sillas y pupitres pequeños, y veintiocho muñecas de lona de trapo, bien vestidas con una jardinera verde azul a cuadros. No tienen cara, porque el chiste de los uniformes en el entorno escolar es que la gente no se diferencia tanto en vanidades de apariencia.

Y María las odia a todas. Exceptuando una cuyo nombre rima con brisa, y que siempre le mostró bondad y personalidad; ella ahora sí es amiga, conviven en los mismos sitios y estudia una carrera bellísima. Las odia con las uñas, con los dientes, con esa cosa caliente que le sube por el esófago cada vez que se le aparecen en la memoria con sus faldas a cuadros y sus caras de no haber cagado nunca. Las odia porque son adefesios huecos de cara, huecos de interior, huecos de corazón. No tienen un solo semblante humano, apenas y tienen boquitas que se mueven para emitir cuchicheos horrendos, para pregonar que hay que ir a misa los domingos, que hay que respetar a los mayores, ser buena persona.

Y luego son las mismas que besan las manos de sus papás después de que ellos votaron con gusto por el Centro Democrático, con manos ungidas de sangre que aplauden desapariciones y llaman orden a los cadáveres en las calles. Porque el que peca y reza, empata. Empata. Todo en orden. Todo en su lugar. La sangre debajo de la alfombra y ellas con sus zapatos impecables pisando encima sin mancharse.

Huecas.

Tan huecas que sus problemas más graves eran si no seguían las indicaciones al pie de la letra: entonces llegaba un texto de WhatsApp de “respetar tiempos”. Y María las odiaba con todas las células de su cuerpo, tanto que a veces se despertaba en la madrugada con la mandíbula apretada y los nudillos blancos, y no sabe si estaba soñando con ellas o si estaba soñando con sus propias manos alrededor de esos cuellos de trapo que no tienen ni la decencia de ofrecer resistencia.

María las odia y por eso las va a descabezar. Por eso ya está afilando las tijeras. María saca todas las veintiséis muñecas y, presa de emociones, agarra unas tijeras. Las descuella a todas. No, no, no, no. No merecen coexistir en el mismo plano que ella. Merecen dejar de existir. Si alguna crueldad se les muestra, ¿aparecerá alguna bondad? Y brotan hilos rojos descabezados.

Obviamente quien rima con brisa no estaba cuando pasó. María se aseguró de sacarla antes, de dejarla en el pasillo que daba al jardín, al lado de lavandas y magnolios, que sea libre para correr en una loma histórica.

Por la noche, cuando todos duermen, María vuelve a la habitación del colegio. Recoge las cabezas y las mete en una bolsa. Luego sale al jardín de lavandas y magnolios y cava un hoyo pequeño. Entierra las veintiséis caras huecas bajo la tierra húmeda. Se lava las manos en el grifo de la cocina, donde su madre guarda los frascos de mermelada.

Y hay otra habitación: la habitación propia, con todos los carácteres de una María habitación: posters de bandas de pop, afiches de La Candelaria, de la RPDC y del Che, CD y álbumes, postales, fotos, repisas de libros y ropa en miniatura tirada por todos lados. Aquí María existe en todas sus facetas, y siempre que acaba un día, llegar a tirarse en la cama le produce una satisfacción inmensa.

En la cocina de la casita, la madre no tiene cara, pero María la reconoce por el modo en que sus manos pequeñas cortan frutas con paciencia. Sobre la mesita de madera hay frascos de vidrio humeando: hoy es día de mermelada de frutilla. El olor dulce llena toda la cocina y se filtra por los pasillos, como si la casa entera pudiera volverse un frasco tibio. María miente cuando la madre le pregunta si ya ordenó su cuarto. Las cabezas están recién enterradas bajo los magnolios. Pero en la cocina todo es dulce. La madre es tierna, tan tierna que a veces María piensa que la ternura es una forma de no ver. Pero la quiere de todos modos.

En el estudio, el padre está frente a su computadora portátil miniatura, y ella alcanza a oír el ritmo suave de un piano de jazz. Él no tiene cara tampoco, pero María reconoce su forma de tararear entre frase y frase. No es de los que votan con gusto por el Centro Democrático. Tampoco es de los que salen a la calle. Es tibio, piensa María, pero ella le tiene confianza. A veces la confianza es eso: saber que no hará daño, aunque tampoco impedirá que lo hagan. María se queda un rato en la puerta. Él, sin volverse, levanta la mano y hace un gesto pequeño con los dedos, como un saludo cansado, le dice 'Bola', se ríe y la escucha, y eso le basta a ella para sentirse vista.

En el cuarto de al lado, su hermano juega a la Play con los auriculares puestos. María asoma la cabeza y ve las explosiones en la pantalla, los cuerpos que caen con una gravedad perfecta. Él no la mira. Pregunta cómo le fue, y él responde con una palabra, sin quitarse los auriculares. María espera un momento por si añade algo, pero no. Sabe que no va a añadir nada. Eso es lo que tienen: una distancia que no es desamor, pero a veces se le parece.

A la mañana siguiente, después de enterrar las cabezas, María baja la loma con su amiga. Atraviesan el jardín de lavandas y caminan hacia la universidad. En la casa de muñecas, ese edificio es solo un cuarto piso. No el edificio entero. Ahora María quiere una cosa y una sola cosa: el Departamento de Historia y Geografía. Porque ahí, en el cuarto piso del edificio Franco, todavía hay otra forma de estar. Suben por las escaleras. Podrían tomar el ascensor, pero a María le gusta sentir los peldaños. En el cuarto, al fondo del pasillo, hay una puerta de vidrio que siempre está abierta.

A veces María la mira y se acuerda de que el vidrio existe, pero la mayoría del tiempo solo la atraviesa sin pensarlo, como si la transparencia fuera una invitación a no detenerse.

Adentro hay un mundo que no se parece a ninguna otra habitación de la casa. Una mesa de futbolito con los jugadores despintados, una columna de cemento, sillas y sillones de colores imposibles que no combinan y plantas. Lo que importa es que en este lugar siempre se encuentra algo que no sabe nombrar. En la sala de tintos, las sillas más incómodas y ruidosas se van llenando. El café deja un zumbido en las sienes, y entre taza y taza se arman conversaciones que van y vienen: chismes, críticas a la política educativa, ¿qué tomarán el jueves para aliviar la resequedad? Alguien pone canciones y las risas se dispersan.

María está ahí, en una silla que cruje, que es tiesa, queriendo que ese ruido la cobije. Le caen bien todos, todos le parecen hechos de una materia distinta a la de las muñecas descabezadas. Y entonces le pasa: quisiera que todos esos muñecos de trapo (porque a fin de cuentas también son muñecos, aunque tengan cara propia) la aprecien de vuelta. Quisiera que la miren cuando entra, que su ausencia se note, que alguien diga “qué pena que no vino María”. Es un pensamiento que se le instala en el pecho como un segundo pulso, que a ratos se le olvida con el tinto y a ratos se le aprieta sin avisar, sintiendo que se ahoga y es decapitada. Sabe que no se puede forzar, que eso de que la quieran no se compra ni se decapita, pero aún así lo fantasea entre risa y risa, como quien juega a la lotería.

MANIFIESTO DE LA HIERBA MALA

Somos la maleza

Natalia **Sepúlveda Santamaría**

25

I

¿Cuál es la hierba buena, cuál es la mala?
¿Soy la hierba?
¿Qué hierba?

Hablo desde la tierra.
La tierra del trópico.
La tierra del frailejón y del jaguar.
La tierra fértil.

Soy

la semilla que silvestre aparece donde menos esperas
la hierba que germina en medio del asfalto

en las grietas del cemento
en las estaciones de Transmilenio
en las canales de las casas y los edificios

Soy las flores que atraviesan el concreto gris del ministerio del medio ambiente.

Soy
un campesino pintado en la pared del Starbucks de la universidad
Soy
LA MALEZA LA MALEZA LA MALEZA
la resiliencia de la naturaleza
a la ciudad devoradora
a la higiene de los urbanistas
a las estéticas neoliberales
a los discursos tibios de los cómplices de la guerra
a la academia que justifica
la superioridad de la razón sobre la complejidad de la vida.

II

Somos

el grito desde la garganta de la madre nuestra

el enredo

el tejido

el mestizaje

el híbrido

la maraña de las prácticas, los oficios y los quehaceres

artísticos

la indisciplina de las disciplinas

la hierba mala que nunca muere

Nos despojamos de su lenguaje aséptico, carente de barro, de monte, de sudor,

encerrado en las dicotomías:

campo/ciudad

adentro/afuera

yo/otro

otro/yo

íntimo/público

salvaje/domestico

sur/norte

Somos

el sentir que integra.

III

Transmutamos hacia
la ruptura de las epistemes
la juntanza de los cuerpos y sentires
el conocimiento transversal a las aulas y los montes
hacia una sabiduría orgánica

disyuntiva
deconstruida
demolida
en pensamiento palpable y líquido
en pensamiento en movimiento
que deviene en una lengua viva, latente, inquieta.

Quedamos muy agradecidos por el tiempo que le dedica a leer esta *moñona*. Esperamos volver a ver por acá.

PQRS:

@palurda.palestra

bvb05252007@gmail.com

O en persona, por ahí en la calle

SE ARRIENDA

Columna de opinión, o de lo que usted quiera.

INFORMES

BvB05252007@gmail.com

TEL.: _____